

Col tempo, certo, ti eri scafata. Avevi imparato a leggere (per quanto la tua lettura mai passasse al di là delle riviste femminili illustrate, o di qualche libro di favole). Non credevi più che la terra fosse un disco piatto sospeso per aria, fra l'inferno di sotto, e, di sopra il cielo de Dios y Jesus y la Virgen. Con intorno il mare che era la cuna del Sol; e perciò dondolava: para cunear el Sol. Di questo, e di altri simili tuoi concetti, più tardi tu, addirittura ti vergognavi. Ma certe memorabili testimonianze del tuo primo noviziato romano seguirono a circolare a lungo, di soppiatto, nel nostro ambiente familiare, come barzellette. Pare che nei tuoi primi viaggi in ferrovia tu ti aggrappassi tremando a chi ti accompagnava, paurosa che il treno, nella sua corsa velocissima, andasse a finire oltre la linea dell'orizzonte (l'orlo del piatto terrestre) così precipitando nel baratro infernale. Alle premurose, convincenti spiegazioni sulla sfericità del mondo, tu da principio arrossivi, piuttosto aggrondata, sospettando che ti si canzonasse. E tardasti alquanto a capacitarti della cosa, finché — garante mio padre — essa ti divenne materia di fede, però anche di preoccupazione. Eri presa da vertigine all'idea di trovarti agli antipodi, e girare là capovolta. «Ma come non si casca a testa in giù?» seguitavi a domandarti, perplessa, attaccandoti ai lampioni. E ti stringevi addosso le sottane, atterrita che — mai non sia — ti si rovesciassero sul capo. Le tue ignoranze di allora si erano fatte proverbiali.

(E. Morante, *Aracoeli*, Torino, Einaudi, 1982, p. 101)

Con el tiempo, sin embargo, te habías despabilado. Aprendiste a leer (aunque tus lecturas nunca fueron más allá de las revistas femeninas ilustradas y de alguna colección de cuentos). Ya no creías que la tierra fuese un disco llano colgado en el aire, entre el infierno por debajo, y, por arriba, el cielo “de Dios y Jesús y la Virgen”. Con el mar alrededor que era “la cuna del Sol”; y por eso se mecía: “para cunear el Sol”¹. Más tarde, esta y otras ideas semejantes tuyas llegaron incluso a darte vergüenza. Pero ciertos testimonios memorables de tu primer noviciado romano siguieron circulando largo tiempo, a escondidas, en nuestro ambiente familiar, como si fuesen chistes. Parece que, en tus primeros viajes en tren, tú te asías temblando a quien iba acompañándote, temiéndote que el tren, en su marcha rapidísima, pudiese llegar más allá de la línea del horizonte (el borde del plato terrestre), precipitando así en el b́aratro. En un primer momento sonrojabas, bastante ceñuda y sospechando que quisiesen tomarte el pelo, al escuchar las explicaciones sobre la esfericidad del mundo (en verdad bastante convincentes y amables). Y tardaste mucho en hacerlas tuyas, hasta que —con la garantía de mi padre— se convirtieron en materia de fe, pero también en fuente de preocupación. Padecías vértigos a la idea de encontrarte en las ant́ipodas, dando vueltas por allí casi como si estuvieses haciendo el pino. «Pero ¿cómo es posible que no se caiga de cabeza?», seguías preguntándote perpleja asiéndote a los faroles. Y te apretabas las faldas, asustada por la idea —Dios no lo quiera— de que se te volcasen hasta la cabeza. Tus ignorancias de aquella época se habían hecho proverbiales.

¹ El texto entre comillas está escrito en castellano en el original (y *Jesus* está escrito sin tilde).